

Los amantes de la cinematografía están de enhorabuena pues muy en breve saldrá

CRI-CRI

CINEMATOGRAFICO

la mejor revista con cautivantes y sugestivas novedades por el precio increíble de 50 céntimos.

Nadie dejará de adquirirla para tener lo mejor de lo mejor en revista de cine.

¿CUÁNDO SALDRÁ?

¡¡¡PRONTO!!!

La Novela Semanal Cinematográfica

N.º 23

25 cts.



EL
PREMIO
GORDO

por
Wallace Reid
Filmoteca
de Catalunya

**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA**

Redacción) Gran Via Layetana, 17²⁰
Administración / Teléfono 4423-A
BARCELONA

AÑO II

N.º XXIII

EL PREMIO GORDO

por **WALLACE REID**

Programa Ajuria

CONCESIONARIOS: SELECCINE, S. A.

Ronda Universidad, 14-Entresuelo-Barcelona.

Está probado que el problema de todo estudiante es estudiar lo menos posible... distrayéndose mientras el catedrático se figura pronunciar un discurso sobre tal ó cual asignatura capaz de conmover á sus mismos antepasados.

Para corroborar el problema citado en estas primeras líneas, en el momento más culminante de la disertación del profesor, dos alumnos de la Universidad, que han comprado un paquete de dulces, han colocado dos delante de

sus carpetas y han apostado una peseta, que la ganará el que tenga la suerte de que aterrice sobre su trozo de dulce la primera mosca que pase volando por aquellos lugares. Esos dos «aplicados» estudiantes eran: Dick Peyton, que se creía destinado á regir los destinos de la humanidad porque su familia era dueña de uno de los periódicos de más circulación y fama de la metrópoli; y Jack Wright, íntimo amigo de Dick y cuya familia no tenía ni periódicos ni dinero; en cambio tenía talento y era feliz.

Ya metidos en su operación de caza Jack y Dick hacían esfuerzos para que no se les notara el movimiento continuo de las mandíbulas que producía el paseito que cada uno de ellos hacía dar al respectivo trozo de dulce que estaban comiendo. Jack, dirigiendo una maliciosa mirada á su amigo mientras seguía vigilando el aterrizaje de la mosca que haría ganar una peseta al afortunado, le dijo;

—No sé porque se me figura que el profesor Paralelógramo nos va á sorprender antes de que aterrice la condenada mosca...

Pero el insecto, atendiendo los ruegos de Jack,—porque de perder una peseta á ganarla iban *dos pesetas*—(según sus matemáticas), se posó con aire victorioso sobre su trozo de dulce.

El juego hubiera continuado hasta el final de la lección si, conforme también lo había previsto Jack, el profesor no les hubiese sorprendido. Este interrumpió la lección y, severo, á la par que con suma corrección (ojalá todos los estudiantes pudieran decir lo mismo

de sus catedráticos), les dijo:

—Por lo visto, caballeros, el apetito físico domina completamente al apetito mental...

Afortunadamente para ellos, Jack y Dick no se atragantaban, pero convengamos en que la observación del catedrático, en plena *sesión*, era apropiado para cortar el apetito y la di-



...la observación del catedrático, en plena sesión...

gestión. La amabilidad del catedrático llegó hasta conceder á toda la clase una pausa para dar lugar al proceso de la masticación...

Se acabó, pues, el juego, y desaparecieron

las esperanzas de ganarle Jack muchas pesetas á Dick, con la complicidad de las moscas.

Al salir de la Universidad, los dos amigos hallaron á Elena, prima de Jack, que estaba en la edad de los encantos y de las ingenuas audacias. Jack, cuyo carácter le hacía simpatizar á primera vista con todo el mundo, ofreció á Elenita el último trozo de dulce contenido en el paquete, entregándoselo con el paquete mismo; después de hacerla este obsequio marchóse rápidamente hacia su casa, donde le aguardaba su madre. Elena, que aceptó gustosa el dulce, miró el paquetito que lo contuvo, lo dobló cuidadosamente y, refiriéndose á Jack, dijo á su primo Dick:

—¡Qué simpático!

La exclamación no podía ser más bonita.

*
**

Terminada la educación universitaria, Dick se hizo cargo de la dirección del periódico. Y Jack, que durante tres años rodara por todo el mundo, en viajes de investigación, era entonces redactor especial del diario de su amigo.

Jack ya no jugaba á la caza de moscas; su pasión favorita se había convertido en el juego en la Bolsa. La gran confianza que tenía con Dick le permitía pedirle en préstamo algunas cantidades que le devolvía en seguida si ganaba—cosa rarísima—ó que le hacía deducir de su mensualidad. Añadiremos, sin embargo, que no se jugaba importantes cantidades porque no disponía de ellas, hasta que cierto día, consultando la cotización de los metales de la víspera, tuvo una idea: arriesgarse á doblar una buena suma. ¿Dónde tomarla? Dick sería de nuevo el áncora que lo sacaría á flote. En su busca fué.

—Oye, Dick; se me acaba de ocurrir una idea luminosa... Préstame quinientos dólares.

—A mí se me ocurre otra idea, Jack... no prestártelos para que dejes de jugar en la Bolsa.

—Si pierdo, me corto la coleta; palabra...

—Si pierdes... ¿cuándo volveré á ver mis quinientos dólares?

—Si pierdo, juro regalarte el artículo más interesante y sensacional que haya aparecido jamás en letras de molde...

Con esta condición Dick no tuvo inconveniente en prestarle los 500 dólares. Dick se preguntaba cuál sería el tema del artículo que Jack debería entregarle si perdía el dinero. La curiosidad se equilibraba con los deseos de que Jack ganase. Así que tuvo el cheque firmado por Dick, Jack salió de su despacho y telefoneó inmediatamente á un corredor de Bolsa encargándole hiciera por su cuenta tal ó cual operación.

Entretanto el administrador y el jefe de redacción del periódico de Dick enteraban á éste de la situación del negocio. En efecto, el diario había estado perdiendo circulación durante los últimos meses y el administrador decía que la culpa la tenía el departamento de redacción; pero el jefe de redacción tenía muchas excusas.

—Señor Peyton,... la culpa es de la redacción,—manifestaba á Dick el administrador;—necesita sal y pimienta. Los editoriales son saporíferos y la gacetilla es una serie de chismes de comadres...

—La culpa es de la administración;—contestaba, furibundo, el jefe de redacción—Parece que están viviendo en el tiempo de los Faraoes... No ofrecen concursos... no hacen propaganda... no regalan cupones...

La discusión no llevaba trazas de arreglo. Lo mejor era aplazarla mientras Dick no hubiese encontrado una fórmula de arreglo que pusiera de acuerdo la administración y la redacción.

Jack había tenido tiempo más que sobrado de perder los 500 dólares. Todas las ilusiones que se forjara antes de perder se las llevaban dos alas traviesas con el cheque. Mustio, como hoja sin vida, volvió Jack á la redacción del periódico.

El jefe, que echaba lumbre por la desagradable escena que había tenido lugar en la Dirección con el administrador, así que le vio llegar, puso la voz en grito, bendiciendo la ocasión que se le brindaba para desahogarse:

—¡Ah! Aquí viene el hijo pródigo, á las tan-

tas de la tarde...

Jack, que no estaba de humor, preguntóle, displicente:

—¿Es á mí?...

—Si le parece á usted, estoy hablando con el vecino de enfrente... ¿Qué cree usted que es este periódico?... ¿Un anuario que sale cada 365 días?... ¡Queda usted despedido! ¡A la calle!... ¡A LA CALLE!

Alarmados por los gritos que profería el jefe de redacción, Dick y el administrador, que se hallaban en conferencia, acudieron á ver lo que sucedía. El jefe de redacción se apresuró á comunicar al director la resolución que había tomado respecto á Jack: nada, que lo despedía porque era el más holgazán de todos los redactores. Considerando la gravedad de la situación Dick no tuvo más remedio que hablar aparte á Jack, y decirle:

—Lo siento, Jack, pero no puedo contradecir las órdenes del jefe de redacción... Se sulfuraría... Es cuestión de disciplina...

Comprendiendo la razón que tenía Dick de no anular la autoridad de un jefe sobre los subordinados de la redacción, Jack se resignó á buscarse un empleo en otra parte. Fiel á su promesa, notificó á Dick:

—Tus quinientos dólares se fueron á los mismos infiernos, pero te voy á dar el artículo prometido... ¡Eso sí!

—Lo espero con impaciencia... A ver, pues, qué será ello.

Paseando su tristeza por los jardines públicos, buscando inspiración para componer un artículo que pudiera interesar extraordinariamente, Jack se daba cuenta de que del dicho al hecho hay largo trecho y que no es lo mismo prometer un artículo que entregarlo. Mas he aquí que, inopinadamente, presencié el jolgorio de una comitiva bulliciosa que despedía á unos novios. La escenita era cautivante, y la novia más aún. El novio no cabía de gozo en su pellejo. Pero eso tampoco le inspiraba nada á Jack que saliera de lo corriente. Mas sabido es que en el mundo no hay amigos ni enemigos pequeños; para ratificarlo, una vendedora ambulante de flores, que cerca de Jack asistía á la tierna despedida de los novios, inundada de emoción, quizás por el recuerdo de tiempos remotos, sintió la necesidad de comunicar á alguien sus impresiones, y, por ser la única persona que tenía á su lado, dijo á Jack:

—¡Ojalá sea feliz, la pobrel... Eso del matrimonio es una lotería...

Jack, bruscamente, y con grandes muestras de júbilo, agradeció en forma desconcertante á la buena mujer, su confidencia, manifestándole:

—Señora... ¡me ha dado usted una idea como una casa!... ¡Muchísimas gracias!...

Después de telefonar á Dick que se reuniera con él en su casa porque un asunto importantísimo reclamaba su presencia en ella, Jack corrió á dar ánimos á su mejor amigo, la autora de sus días, cuyos dos seres no vivían más que el uno para el otro. La idea que se le había ocurrido á Jack debía ser de resultados infaliblemente positivos, y de sus esperanzas de realizar un buen negocio dió pruebas con esta manifestación de alegría á su madre:

—Mamá... nos vamos á hacer ricos... ¡riquísimos!

—¿Cómo es eso, hijo?

—Punto en boca: es un secreto... *de estado*.

A poco llegó Dick.

—Bueno... ¿de qué se trata?—preguntó á Jack desde la puerta.

Jack dijo á su madre:

—Mamá... haz el favor de despejar... Este es un asunto...

—Anda, dímelo, hijo mío...

—Si no te largas... te castigo...

La amenaza era temible. Ni qué decir tiene que la buena señora se ausentó al momento.

Una vez solos, Jack dijo á Dick:

—¡Dick, amigazo! Tengo una idea como un trasatlántico...

—Pues, cuidado con el *mareo*...

- Me voy á casar...
- ¿Eh?... ¿y quién es la víctima?
- No lo sé todavía. Ya estoy harto de vivir de trampas poco más ó menos...
- ¿Te vas á casar por interés?
- ¿Crees que haría yo papel de guapo entre una muchedumbre?...
- Si... si fuera una GRAN muchedumbre...
- Bueno, pues me ofreceré como premio gordo en una lotería matrimonial... á duro el billete... y tu condenado periódico se encargará de la propaganda de la lotería y de todo lo demás...
- ¡Vaya una ocurrencia, hombre... déjame que me ríal!
- Pues no es cosa de risa... Deben de haber por ahí lo menos cincuenta mil solteronas que querrán arriesgar un duro con tal de pescar un marido...
- No lo niego... pero eso está prohibido...
- ¿Prohibido? ¿Por qué? No, señor. No hay ninguna ley que prohíba que un hombre regale sus huesos á quien mejor le plazca. Y, naturalmente, para aumentar la circulación de tu diario, se puede combinar el asunto con una oferta de suscripciones...
- ¡Ah! Eso ya está mejor. Me sorprende tu osadía... pero... ¿nos darás una garantía de que te casarás con la mujer que se lleve el premio gordo?
- Ya lo creo! Todavía no he encontrado ninguna mujer que me haya entusiasmado hasta el punto de querer casarme con ella, de modo que no me importa rifarme...
- ¡Qué local!... ¡Qué loco eres, Jack!

- No hay tiempo que perder. Mañana, que es domingo, puedes lanzar la noticia en tu periódico.
- Chico... no estoy completamente decidido.
- ¿No?... Pues, entonces, se la llevaré al «Heraldo de la Tarde»...
- ¡No te impacientes, caramba! Voy á consultarlo con el Administrador y con el Jefe de la redacción.
- ¡Quí! No lo consultes con aquel par de idiotas... ¡Comunícales tu decisión sencillamente!
- ¡Qué diantre! Tienes razón; la idea me parece sugestiva... ¡aceptado!
- ¡Bravo, chico! ¡Ya verás tu el río de dinero que se nos va á echar encima!
- De regreso en la oficina, Dick se vió confirmado lo famoso de la idea de Jack, consultando el caso extraordinario con sus encargados. El Administrador opinaba que el tiraje aumentaría por lo menos en cien mil ejemplares. El Jefe de redacción, cosa rara, era de la misma opinión que el administrador. Este temiendo que aquél cambiase de parecer, se apresuró á zanjar el asunto con esta frase final:
- Vamos á imprimir antes de que se arrepienta ese bárbaro.
- Mientras el proyecto tomaba forma en las oficinas del periódico, Elena, la prima de Dick, transformada en una bella señorita, se dirigía á visitar la casa de éste con miles de ilusiones en la cabecita... y dulces memorias.
- Dick se daba cuenta de que llevaba atado en una sortija un cordón de seda y, no acordándose de lo que debía acordarse, tuvo que

preguntárselo á su madre. Desde el otro extremo del hilo telefónico, ésta, señora de mucho peso, le contestó que debía acordarse de ir á recibir á Elena, que llegaba por el tren. Dick pretextó que estaba ocupadísimo, rogándola fuese á recibirla ella. Su madre se figuró que, enterando á su hijo de que estaba jugando á la pelota para adelgazar y que aun tenía que bañarse y darse masaje, podría obtener que él dejara por un momento sus ocupaciones para ir á recibir á Elena. Pero no le cupo más remedio que resignarse á ir ella misma porque Dick la dijo que no podía moverse del despacho y que, además, con no sudar ella tanto aquel día, asunto concluído.

Hecho el citado arreglo, la señora Peyton terminó su ejercicio á la pelota, que consistía en el juego siguiente: el masajista que administraba los sudores, kilos y libras de la madre de Dick, tiraba una pelota grande á la señorita Odosia, la pariente pobre, que vivía en la casa en calidad de «secretaria particular», un raro ejemplar de mujer, alta como un poste telefónico y delgaducha, sin líneas ni redondeces, como un monda-dientes usual; la fuerza que llevaba la pelota en su empuje por mano viril hacía tambalear á esta enemiga de Venus, y las más de las veces incluso caer; después de recibir la pelota, Odosia la tiraba á su pariente... de gran calibre; ésta á su masajista, y así sucesivamente hasta que la señora Peyton estaba bañada en una fuente de sudor.

La partida terminada, toda la servidumbre femenina intervino para ayudar á vestir á la «señorita» y con Odosia como primera donce-

cella aunaron las fuerzas para encerrar el cuerpo de aquella en un corsé que resistía una presión de fuerte número de kilos.

Unas dos ó tres horas después, la señora Peyton estaba ya lista. Con Odosia, su «perrito fiel», salió disparada de su casa; subieron en el auto que las esperaba á la puerta, y emprendieron el camino hacia la estación.

En tanto, la genial idea de Jack era puesta en letras de molde. Dick, su Administrador y el Jefe de redacción celebraban una conferencia acerca de la inauguración de la lotería matrimonial. Todos á una convenían que primero imprimirían, en las líneas de la cabeza y rostro, una oreja... el lunes añadirían una ceja... y luego otra... y después un ojo... hasta que apareciese la cara completa...

Jack, que con su madre merendaba tranquilamente en el jardín de su casa, sintió cierto malestar en un apéndice facial y dijo:

—Mamá... Me pica una oreja... ¿Estará alguien hablando de mí?

La señora Peyton, cumplida su misión de ir á buscar á Elena, regresaba con ella y Odosia á su casa. Mas he aquí que, por la diablura de unos chiquillos que jugaban en mitad de la calle, el «chauffeur» que conducía el coche tuvo que hacer un brusco viraje, á consecuencia del cual fué el auto á parar á un extremo del jardín de la casa de Jack, rompiendo la valla. La señora Peyton, asustada, sufrió un ligero síncope que se traducía por síntomas de asfixia. Jack y su madre auxiliaron á las parientes de Dick, á las que conocían perfectamente. Recordando la grata impresión que Elena reci-

biera de Jack cuando éste era un estudiantillo y el desprendimiento de éste hacia ella entregándole el trozo de dulce con el bolso, se comprenderá fácilmente la mutua sorpresa que recibieron al encontrarse de nuevo. La madre de Jack hizo acomodar á las tres mujeres y las ofreció la participación en su merienda. La señora Peyton puso por delante de su gusto su obesidad:

—Cada vez que pruebo una cucharada de helado aumento dos kilos de peso.

Jack, oportuno, dijo á la pariente «seca»:

—Ahí está el secreto, Odosia: tome usted helados.

Odosia, la infeliz, no pedía otra cosa. Pero la señora Peyton se opuso á que tal hiciera porque, según ella, si veía comer á Odosia, le entraba un hambre feroz.

Al cabo de un instante, é instigada en primer lugar por su apetito y en segundo lugar por los ruegos de los demás, la señora Peyton atacó con valentía un helado delicioso. Siguiendo su ejemplo, Odosia lo hizo todavía con más ardor. El sofoco producido por el susto, alterado con el helado no le sentó bien á la señora Peyton, y se desmayó. Odosia, lamentando tan desagradable incidente, que la impedía seguir degustando el rico helado, y además la obligaba á desnudarla y lo que era peor apretarle luego el corsé, Odosia, decíamos, y la madre de Jack condujeron á la señora Peyton al interior de la casa.

Y mientras por una parte dos mujeres auxiliaban á una, por otra parte, en el jardín, Elena y Jack se *auxiliaban* mutuamente.

—¡Caramba, señorita Elena! ¡qué cambiada la encuentro á usted!

—Pues usted es el mismo de antes.

—¡Era usted tan niña cuando la conocí! ¿Se acuerda usted?

—Sí, recuerdo...

—¿Viene usted á ver á sus parientes por mucho tiempo?

—Por una temporadita, nada más, si me quieren á su lado.

—Eso es indudable, señorita Elena. ¿Quién no la iba á querer?

—Gracias, es usted muy amable. Pero no se lo hemos dicho: hemos echado á perder la valla...

—No importa, aunque lo hagan todos los días... Nos gusta mucho eso.

—¡Menudo capricho!

En el interior de la casa, la madre de Jack daba á beber un jarabe á la señora Peyton, ya repuesta. Esta, como medida de precaución, encargó á Odosia que se lo bebiera por ella; no quería tomar más golosinas porque echaban á perder sus formas y quería conservarlas. La madre de Jack la dió un libro de consejos para adelgazar, que ella aceptó con la condición de que Odosia lo leyese primero... pues con ella se ensayaba. ¡Cómo iba á engordar, la pobre!

La escenita del jardín, entre Elena y Jack, era, ciertamente, más agradable. Este, francote, habló de esta manera á Elena:

—Me da tristeza pensar que usted, con todo ese dinero que tiene, vaya á casarse con algún idiota que también tenga una millonada...



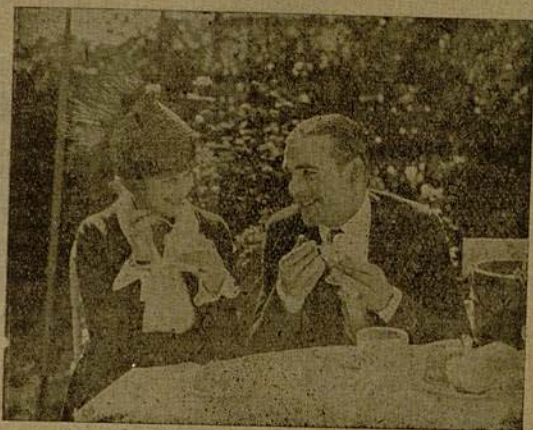
...primero imprimirían, en las líneas de la cabeza y el rostro, una oreja...

Ella aceptó con mil amores la conversación sobre este tema, y dijo á Jack:

—Jamás en mi vida me han hecho una declaración amorosa.

—Yo creo que una joven debe saber lo que es una declaración amorosa...

—Más tarde ó más temprano le llega el tur-



...¿Quién no la iba á querer?

no á cada mujer de saberlo, ¿no es cierto?

—Eso es... Y por cortesía... Permítame usted... La adoro... ¿Quiere hacerme el honor de casarse conmigo?

En broma ó en serio la declaración subyugó

el alma de Elena. ¡Qué bien sonaban en sus oídos las palabras amorosas de Jack!

En lo mejor de la *lección* aparecieron la señora Peyton, la madre de Jack y Odosia, que aprovechó un momento de descuido de todos para *devorar* dos copas de helado.

El auto se las llevó de allí.

Jack, más feliz que nunca, fué á telefonar á Dick:

—Dick, Dick... Estoy enamorado... perdidamente enamorado... Acabo de declararme... De modo que eso de la lotería matrimonial se heló... No hay nada de lo dicho... ¡Renuncio!

El jefe de redacción enterado de la renuncia de Jack, dijo á Dick:

—Hay que ganar tiempo, decir que no ha habido nada... No se puede dejar pasar una oportunidad de éstas...

No queriendo renunciar á la propaganda original que proporcionaría á su periódico la idea de Jack, Dick le contestó:

—Bueno. Ya hablaremos. No te preocupes. Era una respuesta evasiva.

Mientras la metrópoli roncaba, las rotativas imprimían una oreja de Jack, los vendedores de periódicos aguardaban á la puerta de la imprenta que ésta se abriera, para ser los primeros en vociferar la salida del diario por las calles, y Jack soñaba con Elena...

Pero los sueños... sueños son.

Al despertarse, Jack no halló á su lado, como se lo había imaginado en sueño, á Elena.

La mañana había vuelto... y el diario circulaba por la ciudad agitado por los vendedores.

Uno que vió lo de la lotería dijo á otro que era casado:

—Que no lo vea tu mujer, no sea que divorcie y compre un billete...

La noticia sería pronto del dominio público Jack, apenas levantado, se apresuró para ver si, en efecto, Dick no le había dado gato por liebre. Desdobló, pues, el periódico, y al echar la vista sobre la primera página dió un brinco y exclamó:

—¡Me he lucido! ¡Dick me ha hecho traición! ¡El muy canallal... Y yo que estaba esperando que Elena me dijera que sí...

La madre de Jack sorprendió la agitación nerviosa de su hijo después de haber leído el periódico.

Jack no pudo impedir que su madre le quitase el periódico y lo leyese.

El anuncio de la lotería saltaba á la vista; la madre de Jack lo leyó y, sorprendida por la semejanza de las líneas del boceto del periódico con las de la cabeza y rostro de su hijo, dijo á éste:

—Jack esta oreja es igualita á la tuya...

Jack, bajo el peso del remordimiento, confesó la verdad á su madre.

—Mamá... No puedo retroceder... Es una deuda de honor que he contraído con Dick.

—¡Virgen de los Milagros, qué ocurrencial

—Además, mamá, quiero ganar un dinerál para tí...

—¡Pero, hijo mio, si soy feliz tal como soy! ¿Por qué hiciste eso?

—Hay, sin embargo, la probabilidad de que lo de la lotería se eche á perder, y Jack, con esa

esperanza, se anima un poco.

La aceptación de la idea de lo de la lotería fué lo más feliz que imaginarse pudo.

La opinión de las lectoras era chocante, según el carácter de cada una de ellas. La había que sólo guiaba el dinero que podía aportar el "premio gordo" y otras que arriesgaban uno ó dos dólares para pescar un marido elegante, educado con esmero, capaz de hacer feliz á la mujer más apasionada, y con otras quinientas treinta y cinco mil cualidades que tiene un *hombre por merecer*.

Jack, que se paseaba por la ciudad, comprobó él mismo el éxito de su maldita idea. Criadas, nodrizas, ya fueran chinas, rusas, japonesas, africanas ó de Logroño y Navalmoral de la Sierra, se enteraban con avidez de las condiciones de la lotería. ¿Cuál sería la mujer que le tocaría hacer feliz? Una china? ¡No! ¿Una rusa? ¡Noo! ¿Una japonesa? ¡Noo! ¿Una africana? ¡Que no, que no y que no! ¿Una negra? ¡Un aeroplano!

Elena, enterada también de la nota del día y del nombre del héroe de la hazaña, disimuló á Dick la desilusión que le produjo tal noticia y le preguntó:

—Pero por qué se ha metido en semejante embrollo?

—Tú dirás... por dinero.

¡Ah! ¡Maldito dinerol

Elena *se puso triste*, muy triste.

Jack, desesperado ante la expectativa de que el irónico destino le deparase una mujer horrible como un duende, fué á hablar del asunto á Dick, en su propia casa:

—¿Crees que voy á casarme con una japonesa... ó con una africana de pelo acaracola-do? ¡A mí no, sabes!

—Bueno... Haremos que las negras no sean admitidas....

Mientras Dick y Jack discutían, Elena que se paseaba por el jardín, llegóse hasta la ori-



...comprobó él mismo el éxito de su maldita idea...

lla de un lago, en la que unos niños se entretenían construyendo, con pedazos de madera, una barquichuela. Como no disponían de «vela» y viendo á Elena, le preguntaron si tenía

un pedazo de papel. Ella, sorprendida por la pregunta, y deseosa de complacerlos, les dió un papel que llevaba precisamente en la mano: era el bolso que Jack le regalara años atrás. Lo había conservado siempre con una dulce esperanza; desaparecida ésta con la venta que hacía de su persona Jack, el bolso aquel perdía todo su valor.

Sin embargo, una vez que los muchachos hubieron, sin romperlo, colocado el bolso doblado, en un palo, á guisa de vela, Elena sintió como si hubiéndose separado de algo indispensable....

Dick y Jack seguían discutiendo. Este quería á toda costa renunciar á su compromiso.

—¿No será posible echarse atrás?... Me ha entrado miedo...

—¿Acaso pretendes que todo el mundo se ría de mi periódico? No señor... ¡Adelante con los faroles!

—¡Ah! ¡Qué mala pata tengo!... Supongo que Elena está enterada.... ¿Dónde está?

—Por allí se fué... la encontrarás paseándose por el jardín.

Jack no tardó en reunirse con Elena que hizo intentos por evitar que la hablara.

Jack, humildemente, la habló así:

—Todo eso fué preparado antes de que nos encontrásemos ayer, cuando ya no había remedio... Por más que hice por arreglarlo no lo conseguí.

—Comprendo. Usted creyó que podía obtener dinero más fácilmente casándose conmigo.

—Elena, comprendo que las apariencias están contra mí; pero permítame que la expli-

que...

Mas ella no quiso atenderle. Sería inútil cuanto le dijera.

A medida que el original concurso crecía en popularidad, Jack no tenía más que una esperanza, un supremo recurso, y su mamá tenía la misma idea... ¡la compra de billetes del sorteo por si la suerte, esa diosa frívola, apiadándose de su arrepentimiento por el amor de una mujer, le favoreciese!

La víspera del Premio Gordo, Dick ofreció una fiesta en su casa, á la cual asistió Jack, el héroe, y buen número de invitados. Se sirvió una succulenta cena; á los postres Dick anunció á sus amistades:

—La idea del Premio Gordo ha sido un éxito fenomenal.... Han habido doscientas treinta mil mujeres que compraron billetes, lo cual es una dote muy respetable para el héroe de esta hazaña... que el Cielo le conceda una dicha inmensa...

Elena, torturada por el sufrimiento moral, y en la creencia de que Jack sólo buscaba dinero sin reparar en los medios, alzó su copa y brindó por él, como si no tuviera nada que reprocharle:

—Ave, César... Te saludamos, ya que vas á morir...

Después del café continuó el tormento de Jack. Sinceramente enamorado de Elena, insiste nuevamente cerca de ésta, haciéndola nuevas protestas de su cariño verdadero. Ella no le creía; además, era demasiado tarde: el sorteo tendría lugar al día siguiente y quién sabe á quién tocaría en suerte. ¡Era graciosa esa

manera de casarse!

Dick, casualmente, sorprendió la escena entre Jack y su prima y con la intención de desafiarse á la suerte, ordenó á la administración de su periódico que añadiesen 50000 cupones á la lotería y que se los cargaran en cuenta.

Una inmensa muchedumbre se hallaba estacionada frente á la redacción del periódico organizador de la lotería. Había mujeres de todas razas, de buena y mala raza. Jack fué presentado al público. Su presentación fué saludada cariñosamente. ¡Qué guapote era el mozo! Todas le querían por esposo... sin olvidarse de la formidable dote.

Salió el numero 1323.

Ninguna de las mujeres que presenciaron el sorteo poseía este número. ¡Oh desilusión después de cinco horas de espera!

Como no hubo quién se presentara con el billete á reclamar el Premio Gordo, Dick hizo depositar en un Banco el paquete de trescientos mil duros.

Dick, Jack, Elena y toda la familia se hallaban reunidos en casa del primero esperando los acontecimientos.

De pronto, como una bomba, hizo su aparición en el salón la señora Peyton, anunciando la calamitosa noticia siguiente:

—¡Odosia ha ganado el Premio Gordo! Dick se partía de risa—.

Elena se fué á su habitación y preparó su maleta para partir inmediatamente.

Odosia, ataviada con sus mejores galas (con las cuales se confundía con una cotorra) entró en el salón, y allí reclamó, hartamente satisfecha, su

premio.

Jack, desfallecido, imploró á Odosia:

—¡Por favor, Odosia, tenga usted compasión de mí... Quédese con el dinero y déjeme libre...

—¿Libre?—exclamó ella—¡Jamás!... Toda mi



...Salió el número 1323...

vida he soñado con un marido... Y usted, es decir, TU, eres mi ideal...

Dick se moría de risa. Su madre, idem de idem.

Pero hubo lío: la camarera de la casa era la verdadera propietaria del billete número

1323, que dejó escondido dentro de un jarro de tostadas, del cual lo robó Odosia después de haberse comido las tostadas.

Odosia, avergonzada, confesaba el hurto.

Jack, menos alarmado, preguntó á Nora, que así se llamaba la camarera:

—Tú no te querrás casar conmigo, ¿verdad, Nora?

El camarero contestó por ella:

—Nora es mi novia, señor. ¿Qué le parecería á usted si nos repartiésemos el dinero en partes iguales?...

—¡Que me salváis la vida! ¡Aceptad!

Dick repartió el dinero en dos cheques.

Libre, completamente libre, Jack no se ocupó más que de encontrar á Elena, á la cual halló en el jardín cuando, sin despedirse de nadie, se marchaba hacia su hogar.

—Elena, ¿dónde va usted?

—Me voy de aquí...

En breves palabras la puso al corriente de lo ocurrido... Elena, emocionada, dejó caer su maleta al suelo y ésta se abrió... poniendo al descubierto miles de billetes de la lotería matrimonial.

Jack, vislumbrando la realidad de su sueño, dijo á Elena:

—¿De modo que usted también entró en la lotería?

Ella, sorprendida y confusa, huyó de su lado; él la perseguió; se rieron mutuamente mientras duraba la persecución; Jack la cogió, ó, lo que equivale á lo mismo, Elena se dejó coger.

Jack la dijo, amoroso:

—Entonces... ¿Es que me ama usted?

Se hallaban cerca del lago donde los niños, días atrás, jugaban con una barquichuela que, olvidaba por aquellos, se mantenía á flote junto á la orilla del mismo.

Elena, recordando que el papel colocado á guisa de vela era el saquito de dulces, se lo dijo á Jack:

—Se lo dí á unos niños para que hicieran este barquito...

—¡Y desde tanto tiempo lo habías conservado!

Para coger el saquito de la felicidad, Jack y Elena cayeron al agua... pero tal circunstancia les permitió,—no hay mal que por bien no venga,—estrecharse deliciosamente entre sus brazos para auxiliarse mutuamente.

Si hubieran habido cisnes en el lago, á buen seguro que se hubieran guiñado el ojo entre ellos...

FIN

(Prohibida la reproducción sin mencionar procedencia)



NÚMEROS PUBLICADOS

N.º	NOVELA	Postal-fotografía
1	No hay juegos con el amor	Douglas Fairbanks (III edic.)
2	El Valle Florido	Mary Pickford
3	Amor de madre	Charles Chaplin
4	La Virgen de las Rosas	Pearl White (Perla Blanca)
5	La culpa ajena	Antonio Moreno
6	De hombre a hombre	Priscilla Dean
7	Una mujer	Eddie Polo
8	Pesadillas y supersticiones	Mary-Douglas (extraordin.)
9	Desinterés	Francesca Bertini
10	El Hábito	Harold Lloyd
11	Jimmy Sansom, El Aventurero	Constance Talmadge
12	La primera novia	Frank Mayo
13	El Pequeño Lord Fauntleroy (1)	Marie Prevost
14	El Pequeño Lord Fauntleroy (2)	Ben Turpin
15	La Tormenta	Pina Menichelli
16	Flor de Amor	Livio Pavanelli
17	La Pantera Negra	Norma Talmadge
18	Bajo dos banderas	Tom Mix
19	Corazón de lobo	Gladys Walton
20	Sueños juveniles	Aimé Simon Girard
21	El Mundo y la Mujer	June Caprice
22	Corazones humanos	Sessne Hayakawa
23	El Premio Gordo	Alice Brady

Próximo número:

La deliciosa novela-film

La desconocida

por la insigne artista italiana

MARIA JACOBINI

Postal-fotografía:

Georges Biscot

(BISCOTÍN)

Sale todos los miércoles

Precio: 25 céntimos

¡Le interesa leer el
dorso de la cubierta!